

—Mil gracias, señor; ¿podrías indicarme cuál es el mejor mesón de la ciudad?

—Id á la hostería del Pino—repuso el abate;—allí hallaréis buena gait, toda de categoría di.ª guda.

Juan, después de saludar al abate, pasó por la puerta del Castillete y entró en el arrabal de Nuestra Señora. Allí, delante de la posada del Pino, halló al criado de la señorita de Cerdeña.

—¿Dónde está tu amo?—le preguntó, sin poder dominar su emoción.

—¡Ay, señor—repuso el criado;—acabo de dejarle en el convento de los Mínimos! Llegáis demasiado tarde para disuadirle de su proyecto, porque ya viste el hábito de novicio; y por cierto que es una lástima ver su hermosa figura oculta bajo el tosco sayal. Si queréis acompañarme mañana al locutorio á la hora que lo abren, podréis darle un eterno adiós.

VII

Juan se sentó á la mesa para cenar, dispuesto á retirarse después á su cuarto, con objeto de reflexionar sobre los prodigiosos acontecimientos de su viaje; y una vez solo, encerrado en su habitación, recordó las frases de Santiago Aymar. Los espíritus le servían, bastando para ello que su resolución fuera firme y no vacilara: podría, pues, satisfacer sus deseos y tomar parte en algunos asuntos en que había oído referir en la mesa, y que hicieron gran efecto en su exaltada imaginación. La señorita de Cerdeña jugaba

un gran papel en aquella meditación, y nuestro héroe viajó bastante por los espacios de la fantasía.

Cerca ya de media noche, cuando Juan se disponía á acostarse oyó un ruido de carruajes en el patio de la hostería, y por el modo como los criados entraban dando voces, comprendió que se trataba de un gran señor. Pronto se sintió ruido por los corredores, y Juan observó que penetraban en una habitación separada de la suya por un delgado tabique, á través del cual se oía todo cuanto se hablaba allí. Apenas oyó á los que llegaban, comprendió que era el mariscal de Marchán, que iba de embajador á España, y se detenía en Perpignan para pasar la noche. El mariscal, una vez en posesión de su cuarto, dió órdenes á su servidumbre para el día siguiente, y la despidió. Al quedarse solo con su secretario empezó á pasearse muy agitado y hablando con mal humor.

—¡Cerrad la puerta!—dijo al secretario.—Todo se ha estropeado; mi viaje ya es inútil. Se ha firmado el tratado entre España y Francia sin mi intervención, y todo el honor recaerá sobre mi predecesor, el mariscal de Harcourt. Quedaba otro asunto, cuya resolución me habían confiado; la elección de camarera mayor para la Reina, y también llegaremos tarde para eso, porque si la elección recae en una española, Francia perderá la mitad de su influencia, y será inútil que una princesa de Saboya ocupe el trono de España. Tengo la seguridad de que habrán ocupado el puesto cuando lleguemos, y será una torpeza que no me perdonarán en Versailles. Hablando en nombre del Rey, habría conseguido que eligieran una camarera francesa, la que yo hubiera querido; pero mi suerte no lo quiere así. ¡Es preciso que todo se me escape; es preciso que una sedición en Nápoles obli-

que á Felipe V á partir precipitadamente para Italia, indolente como es, y enfermizo como está! Oigo en Burdeos que el rey de España está en camino para Barcelona; dejo el camino de Madrid, y al llegar aquí sé que Felipe V va á subir al barco real que se hace á la vela mañana. No le veré, pues, y mi embajada será inútil. ¡Y estos caminos son tan malos! ¡Y estos malditos coches que pesan tanto, y tienen caballos que no andan! ¡Parecen carretas! ¡Esto es para morir de rabia!

El mariscal lanzaba suspiros capaces de derribar las murallas; Juan no perdía una sola de sus palabras.

—Si me atreviera á ofrecer al embajador que yo llevaría su mensaje á Barcelona—pensaba,—le sacaría de su apuro, y al mismo tiempo vería al rey Felipe V. Tal vez podría llevar al embajador á la grupa y conducirle allá. Pero ¿aceptarán mi proposición? ¿No se reirá el embajador sin querer acabar de oírme? Además, ¿será prudente hacer saber á tan gran señor mis relaciones con la bella Hydora? Ese ambicioso me pediría mi caballo, y, aunque yo se lo diera, aún se burlaría de mí. ¡No; no puedo cometer tal locura!

—Voy á descansar tres horas aquí, y entretanto, vos continuaréis el viaje hasta Port-Vendres—decía el embajador á su secretario.—Hay que hacer cuanto esté en nuestra mano. El hostelero de este mesón asegura que si el viento es bueno, una barca puede ir desde Port Vendres á Barcelona antes que un carruaje. Informaos, y buscad una falúa ligera, de buen andar, tripulada sobre todo por gente valerosa, y proponedle un trato capaz de triplicar su celo. El viento es fuerte, y hay probabilidad de llegar pronto á Barce-

lona. Tomad esta bolsa, y que todo quede listo antes de tres horas.

—¡Bueno es eso!—pensaba entretanto su vecino.—Le hacen falta más horas que minutos emplearía yo en hacer eso.

El mariscal, agitado en extremo, se paseó bastante tiempo aún después de la partida de su secretario, dejando oír de vez en cuando alguna exclamación de despecho. En una de éstas tiró su sombrero, gritando:

—¡Si al menos pudiera yo saber quién será la camarera mayor! ¡Qué no daría yo al que me dijera su nombre!

—También me gustaría á mí saberlo—pensó Juan.—¡Qué no daría yo también por poder decírselo á ese buen señor!

Estaba sentado ante una mesa, sobre la cual apoyaba los codos, sin osar moverse, conteniendo la respiración y haciéndose todo oídos, como suele decirse. El mozo había dejado allí una garrafa llena de agua, que precisamente permanecía ante la vista de Juan. De pronto, mirándola maquinalmente, observó que formaba una especie de prisma, donde la luz se descomponía en rayos de diversos colores, y en medio de sus cambiantes creyó ver el contorno de una cabeza de mujer; contorno vago al principio, pero que fué acentuándose después. Aquella mujer usaba un tocado italiano y algunos adornos por los cuales Juan pudo comprender que era el retrato de una dama de la corte. Tenía el semblante animado, sus labios se movían como si hablara, y Juan siguió con asombrados ojos los movimientos de aquella desconocida fisonomía.

—¿Sois la ninfa de las aguas?—dijo.—¿Sois la encantadora Hydora apareciendo ante mis ojos en vues-

tro propio elemento? ¡No; ése no es vuestro rostro! ¿Será tal vez el de la persona que deseo conocer? ¡La amable ninfa viene otra vez en mi auxilio! Arriesguémonos, y que el mariscal vea esa imagen. ¡Señor embajador—gritó con fuerte voz,—venid, y os enseñaré el retrato de la camarera mayor de la reina de España!

—¿Quién me llama hablando así?—preguntó el señor de Marchín.

—¡Vuestro vecino inmediato! ¡Corred; no perdáis tiempo!

El mariscal corrió, en efecto.

—¡No me distraigáis!—dijo Juan, sin separar sus miradas de la maravillosa garrafa.—¡Nada de preguntas inútiles! Después os lo explicaré todo. Sentaos á mi lado, y mirad el agua de esta garrafa: en ella veréis una figura que debe de ser el retrato de la futura camarera mayor.

El señor de Marchín tomó una silla, y se sentó al lado de Juan mirando con cuidado; pero no pudo ver figura humana, y sólo distinguió los colores del espectro.

—Joven—dijo,—¿queréis burlaros de una persona de mi rango y posición?

—¡Silencio!—interrumpió Juan.—No me burlo de nadie: la aparición sólo es visible para mí, toda vez que vos no la distinguís; pero yo os daré detalles, y os la describiré perfectamente. Tiene en su semblante rasgos particulares fáciles de reconocer: no es bella, pero su fisonomía, llena de nobleza, indica un espíritu superior; tiene cabellos negros, ojos azules, y de vez en cuando su expresión deja adivinar una dulzura y una benevolencia especiales; tiene la boca grande, pero muy correcta, y la sonrisa le da un encanto especial.

—¡Cabellos negros y ojos azules!—murmuró el mariscal.—¡Es ella! Hay, sin embargo, muchas personas desconocidas para mí en la corte de España. ¿No podríais saber el nombre de esa persona cuya descripción acabáis de darme, joven?

—¡El nombre, el nombre!—repetía Juan;—¿cómo lograríamos saberlo? Esperad un momento: la figura se desvanece... Ahora veo un escudo, sobre el cual hay una corona de príncipe; en el escudo hay un oso.

—¡Ya no hay duda!—exclamó el mariscal.—¡Es la princesa de los Ursinos! Sé bastante. Y ahora, joven, expliquémonos: ¿quién sois?; ¿habéis oído hablar alguna vez de esa princesa? ¿No será todo esto una fábula inventada para arrancarme una recompensa? Confesadlo francamente: os daré una buena gratificación si tengo la seguridad de que no me engaáis.

—Señor—repuso Juan,—soy un pobre niño de coro, y nunca he visto más tierras que las que se extienden entre Arlés y Perpignan; he vivido entre los buenos franciscanos, á los cuales ayudaba á misa. ¿Cómo puedo haber oído hablar de esa gran señora cuyo nombre acabáis de pronunciar?

—¡Qué aventura más extraordinaria!—dijo el mariscal.

Sin embargo, como la magia estaba tan extendida en aquel tiempo que había un barrio entero en París habitado por brujos y hechiceros, á los cuales acudían constantemente las damas más linajudas, el mariscal no se sorprendió mucho, y fijando sus encendidos ojos sobre el candoroso rostro del joven, le preguntó cómo se llamaba.

—Maese Juan.

—¿Qué diablo de nombre es ése? ¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—¡Ay monseñor; soy un niño abandonado!

—¿Qué educación habéis recibido, pues?

—Los buenos franciscanos de Arlés me enseñaron á leer y á escribir, y el suficiente latín para saber lo que debía decir en la misa.

—¿Queréis entrar á mi servicio y llevar mi librea?

—Dispensadme, monseñor—repuso Juan consternado;—no puedo ser lacayo.

—Me sorprendéis con eso. Si fuerais hidalgo, si tuvierais un nombre, una familia, os daría un empleo, os llevaría conmigo, y podríais servir al rey.

Y el embajador, ocupado en sus asuntos, entró en su habitación, dejando á Juan abrumado de dolor y de vergüenza. A eso de las tres una silla de postas llegó al mesón para recoger al mariscal y á toda su servidumbre; Juan llegó al patio cuando pasaba el embajador, que se despidió de él diciéndole:

—¡Adiós, joven! Si os decidís á entrar á mi servicio, id á Barcelona ó á Madrid; os daré un buen sueldo.

Juan, sin contestar, hizo un saludo, y el coche partió.

—¡Qué me importa el sueldo!—pensaba el pobre joven suspirando.—Lo único que siento es perder la ocasión de servir á Francia. Mas, toda vez que sólo sirvo para llevar una librea, tendré paciencia; y si he de servir al rey, será con el mosquete al hombro. ¡Oh Hydora! ¿De qué me sirven vuestros dones? ¡Tomad vuestro maravilloso caballo, retirad de mí el poder de la mágica varilla y de evocar imágenes en el agua, y concededme el derecho de usar espada; ese derecho que tantos poseen sólo por haber nacido de padres conocidos! ¡Qué loco fui! En vez de buscar tesoros ocultos ó asesinos ignorados, necesito descu-

brir á mis padres, aunque sólo sea para reprocharles su abandono. ¡Mi padre será, seguramente, un pescador ó un mozo de cuerda, y todos los diablos juntos no podrán convertirme en hidalgo!

Un ligero dolor en el brazo izquierdo interrumpió los lamentos de Juan: era como una especie de quemadura producida por el contacto de un cuerpo caliente. Levantó la manga de su camisa, y vió en su brazo una mancha negra, semejante á esos dibujos con que los soldados suelen adornarse la piel, que representaba un puñal corvo.

—¡Cosa más singular!—dijo Juan.—Jamás habíais visto esta marca. Indudablemente, soy hijo de algún soldado.

VIII

Tras una noche de insomnio, Juan se dejó conducir al convento de Mínimos de Perpiñán, pensando que la señorita de Cerdeña endulzaría sus pesares con sólo su presencia. Una vez introducido en el locutorio, el joven novicio no tardó en presentarse acompañado de su padre, vistiendo ambos el hábito de la Orden.

La joven, bajo su tosco sayal, era el monje más ideal que puede soñarse. Al ver á su compañero de viaje se ruborizó, y después habló de las primeras horas de su estancia en el convento y del placer que le causaba estar tan cerca de su padre. Le llamaban ya hermano Luis; los demás novicios le querían mucho. Para máese Juan, todo lo que ella decía, estan-

do como estaba en el secreto, tenía un carácter especial. El pobre padre miraba á su hija con los ojos húmedos; la ternura, el reconocimiento y la compasión desgarraban el corazón del desdichado anciano.

—Caballero—dijo á Juan,—ya que la suerte y las confidencias de mi hija os han dado á conocer nuestras desgracias, permitid que os consulte amistosamente sobre la nueva falta que acabamos de cometer. Considerad la tierna edad de mi hija, su belleza, su educación, su carácter ligero y el espantoso porvenir que se prepara; pensad despacio en todas estas cosas, y decidme si no soy un culpable cobarde aceptando el sacrificio de su juventud hecho en beneficio mío.

—Decid mejor la inspiración del Cielo—dijo la señorita de Cerdeña.—¿Qué haría yo sola, sin consejo, en un mundo corrompido? Seguramente, me perdería. ¿No vale más vivir aquí olvidada, feliz, sin nada que reprocharme, al lado de un padre que necesita mis cuidados y mi ternura? Separados, seríamos ambos desdichados; reunidos á la sombra de estas santas paredes, nada tenemos que sentir ni que temer. Soy un hermano novicio de muy buen humor, y dentro de un año seré el más humilde mínimo. Si se descubre mi superchería, me defenderé con ventaja invocando el ejemplo de Santa Marina, que usó la misma estrategia para consolar á San Eugenio. La temeridad de la santa fué mayor que la mía, y su mentira fué su gloria. Entró en un convento de la Tebaida para vivir cerca de su padre; la acusaron de haber seducido á la hija del jardinero, y antes de descubrir su secreto se dejó condenar; le impusieron las más severas penitencias, y las cumplió sin quejarse. Sólo después de su muerte supieron su sexo, y los buenos frailes, al querer sepultar á su compañero, quedaron sorprendi-

dos hallando que era una linda joven. Quiero vivir y morir como Santa Marina, ya que su inocente malicia no le impidió ser canonizada. Si me acusan de seducir á alguna muchacha, me dejaré abrumar, haré penitencia, y tal vez un día se lea en el calendario el nombre de Santa Luisa de Cerdeña. Suplico, pues, que no procuréis hacerme desistir de un proyecto tan hermoso, que es preciso remontarse al siglo octavo para hallar otro semejante.

—Ya no estamos en el siglo octavo—dijo el señor de Cerdeña.—No obstante la autoridad de Santa Marina, deja que consulte con nuestro amigo.

—Para daros mi opinión con conocimiento de causa y sin parcialidad alguna en el asunto—repuso Juan,—necesito saber los acontecimientos que dieron lugar á que os sepultarais vivo en este claustro.

—Retirémonos á un ángulo donde no podamos ser oídos, y os referiré mi historia en pocas palabras.

Fuera del locutorio había un patio guarnecido de flores, que le servía de suplemento. Allí se dirigieron nuestros tres personajes, sentándose bajo una parra, y el anciano hidalgo empezó en los siguientes términos el relato de su vida:

—No soy de la familia de los condes de Cerdeña; pero mi padre también era noble, y poseía muchas tierras en las cercanías de Prades.

"Nací con inclinaciones que no fueron consideradas dignas de mi nacimiento: teniendo un carácter independiente, dijeron que era perverso y vagabundo; cuando tenía cuatro años, mi padre me castigó injusta y brutalmente, y salí de casa, intentando no volver á ella. Me buscaron por espacio de ocho días, y al fin me hallaron en las montañas de Vernet, en casa de unos pobres carboneros. Las riñas y castigos

no lograron dominar mi carácter indómito; de suerte que me acostumbré á hacer sólo mi voluntad. Mis padres, en atención á su hidalguía, vivían con suma etiqueta; cosa que á mí me era insoportable: no podía dar un paso sin que un lacayo tratara de corregirme. Un tabardillo se llevó á mi padre; pérdida que me causó profundo pesar, pero no alteró en nada mi modo de ser. La bondad de mi madre me dejó en la libertad que yo deseaba. Viajé por las montañas, y me entregué á los ejercicios que me agradaban. Un día hallé una tribu de gitanos que hacían ejercicios físicos y magia blanca al aire libre. Entre ellos hallé una joven de quince años de deslumbradora belleza, que bailaba con inimitable gracia: al hacer la colecta, eché en su bolsa un escudo, y de buena gana habría echado también mi corazón. Gozosa y reconocida, volvió á bailar para dar las gracias al generoso señor, como me llamaba, mirándome de vez en cuando con sus hermosísimos ojos. Terminada la danza, me acerqué á la gitana; pero las demás jóvenes nos rodearon, y no pude hablar con ella, si bien conseguí saber su nombre y el país donde tenían sus cuarteles de invierno.

—La pobre Inés no sabe mucho—me dijo;—pero sabe guardarse de las torceduras, de las frases amorosas y de los caballeros franceses. Cuando viene el tiempo de nieve va á dormir á Venasque, y los señores ricos no irán, seguramente, á buscarla tan lejos.

Una vieja llamó á las jóvenes, que volaron como palomas; la banda emprendió la marcha para ejercer su industria en otro país, y yo quedé solo, con el alma turbada y el corazón herido. Tenía veinte años, y creí que no podría curarme de aquella pasión con el tiempo y la razón. Estábamos en Septiembre, y dos meses después partí para Venasque, donde encontré

á la pobre Inés en compañía poco edificante, viviendo de rapiñas y supercherías. Al descubrir que aún conservaba el candor de su alma, concebí una alta idea de sus felices inclinaciones.

Los gitanos, comprendiendo que quería á Inés, no se opusieron á que hablase con ellos, y llevaron su bajeza hasta reñir á Inés por la resistencia que me oponía. Habrían consentido gustosos en que fuera mi querida; pero no querían que un matrimonio les robara la perla de la compañía. Esto fué un aguijón que me impulsó á sacar á aquella encantadora niña del cenagal donde el azar la había sumido. Partimos juntos de Venasque, se hizo católica, y tres meses después fué mi esposa, á pesar de la oposición de mi familia.

—A fin de esquivar reproches inútiles, viajé con mi mujer por espacio de un año. Formamos la pareja más feliz del mundo, y durante él me dió esta niña, que es hoy todo mi consuelo. Al morir mi madre entré en posesión de mis bienes y fui á mi castillo; pero antes de pasar muchas semanas tres bandidos gitanos se presentaron en mi casa, llamándose parientes cercanos de mi mujer. Quisieron instalarse allí; los arrojé de mi casa, y se fueron amenazándose.

Inés no podía acostumbrarse á la sencilla vida de nuestro castillo; me confesó riendo su horror por los trajes largos y los corpiños ajustados; le di permiso para que una vez por semana vistiera su traje corto y bailara á su gusto. Dos horas de danza desenfrenada, hasta perder el aliento, eran suficiente para satisfacer sus gustos bohemios, y así nos acomodábamos á nuestras mutuas fantasías.

—Dos años después de nacer mi hija Inés me dió un hijo, colmándome de felicidad, pues, como todo

padre, soñé que aquel niño estaba destinado á tener la mejor suerte del mundo. ¡Estaba bien lejos de pensar que aquel don de una mujer que yo adoraba sería la amargura y el veneno de toda mi vida! Un día dos hidalgos de las cercanías me propusieron ir de caza; acepté, y permanecí con ellos una semana entera en las montañas. Rendido de fatiga y consumido por el deseo de ver á mi esposa y á mis hijos, llegué una tarde al castillo, y llamé á la puerta, que no se abrió; grité, pero nadie aparecía: llamé á los vecinos, y supe que los gitanos habían entrado en mi casa la noche antes, llevándose á mi hijo. Entonces me encaminé á casa del gobernador de Prades.

—Vuestra esposa está aquí—me dijo;—llegáis á tiempo para consolarla. Se encontrará al niño; no lo dudéis. Mis arqueros recorren la provincia. Sed hombre, y no os dejéis dominar por el dolor.

—Mi esposa, al verme, lanzó gritos agudos, estrechando á su hija como si temiera perder su último tesoro. Partí en busca de los gitanos; pero iban en dirección opuesta, y, aunque todos los gobernadores, virreyes y baillíos del Rosellón y el Languedoc se pusieron en movimiento, no logramos tener indicio alguno.

—Inés, tan abatida como yo, vivió languideciendo, y al fin murió. Entonces creí que se rompía el único lazo que me unía al mundo; pero me equivoqué. Mi hija tenía quince años, y creí que los consejos y la vigilancia de una mujer serían para ella mejor que los míos. Tenía una hermana casada en Marsella, y confiándole mi hija me retiré al claustro, donde no tardaron en aniquilarme los remordimientos. Me dijeron que Luisa, mal aconsejada y abandonada á ella misma por la indiferencia de su tía, vivía en la disipación: mi corazón de padre se alarmó; escribí unas cartas des-

garradoras, y mi hija se presentó aquí con el disfraz en que la visteis, y arrojándose á mi cuello, me juró que no me abandonaría.

—Soportaré sin pena las reglas del convento en las presentes condiciones; pero si esta reclusión era insostenible para un hombre de mi edad, ¿cómo no ha de serlo para una joven de veinte años? No sé qué decidir: vos, que estáis fuera de la sombra de estos gruesos muros, aconsejadme.

—Esperad un momento—dijo la señorita de Cerdeña.—Antes que el árbitro juzgue, es preciso que sepa algo. Si yo me inquietara por mi porvenir, mi padre haría bien inquietándose á su vez; pero, estando cerca de él, nada deseo. Verdad es que tengo veinte años; pero me emancipé á los diez y ocho, y he usado de mi libertad con toda la necedad é imprudencia que era de esperar. Como disponía de mi fortuna, me llevaban en palmitas, y yo dejaba hacer á mis admiradores; me vestía de amazona y me entregaba á toda clase de ejercicios, teniendo empeño en ser una mujer valiente. Durante un invierno que pasé en Génova con mi tía, inspiré amor á un hidalgo italiano digno de mejor suerte, y me divertí desesperándole; lo cual prueba que no le amaba de veras. Las cartas de mi padre me hicieron reflexionar y ser prudente: determiné dejar un mundo donde hacía tan ridículo papel, á fin de ver si podía estimarme más á mí misma. La calma y la dicha de que disfruto desde ayer me han confirmado en la resolución de no salir jamás de aquí. Hablad ahora, señor juez: pronunciad vuestra sentencia, y creed que me someteré á ella si confirma mis deseos; pero si es contraria, os aseguro desde luego que no me someteré. Ya lo veis; os doy toda la libertad que debe desear un árbitro.

—Vuestro buen humor bastaría, á falta de otras razones, para formar mi opinión—repuso Juan.—Bien se ve que no habéis nacido para estar encerrada. He aquí mi consejo, si bien podéis hacer después lo que os plazca: si los buenos mánimos no descubren la superchería, podréis pasar con vuestro padre el año de noviciado, y después, en vez de pronunciar los votos, abandonaréis el claustro para siempre. Durante ese año yo iré á Roma, solicitaré audiencia del Papa, y haré todo lo posible para que el señor de Cerdeña sea dispensado de sus votos. Así obtendréis por medios legítimos y naturales la realización de vuestros deseos; después, para que vuestra dicha sea completa, buscaré al niño perdido mientras la señorita, examina si su corazón está dispuesto á reparar su ingratiud con el honrado hidalgo italiano.

—Habláis con una seguridad que me confunde—dijo el señor de Cerdeña.—El Rey mismo no se atrevería á hacer tanto.

—Repito que si vuestro hijo vive, yo os le devolveré: por extrañas que os parezcan mis promesas, estoy seguro de cumplirlas.

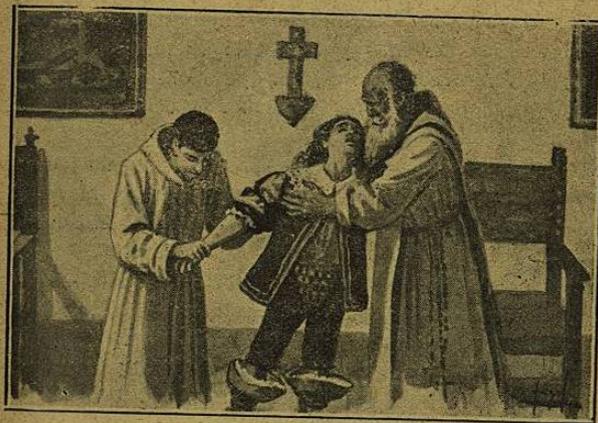
—¿Sois brujo acaso?—preguntó la joven.

—¡Tal vez!—respondió Juan.—¿Podéis darme algún indicio sobre ese niño perdido?

—Uno sólo. En la tribu gitana de Venasque tenían la costumbre de marcar con ciertos signos á los recién nacidos. Unos días después del nacimiento de mi hijo Inés tuvo el raro capricho de poner uno de esos estigmas sobre el brazo izquierdo de su hijo por medio de una aguja, y valiéndose de ciertas hierbas colorantes cuyo secreto poseía. La sorprendí en tal operación, reprendiéndola por su barbarie: después he pensando muchas veces que si encontraba á mi hijo

bendeciría su precaución; pero, desgraciadamente, fué inútil.

En tanto que el señor de Cerdeña hablaba así, Juan cambiaba de color, y tuvo que apoyarse en el respaldo del banco para no desplomarse en el suelo: un velo se extendía ante sus ojos.



Y levantando la manga de su casaca.

—¿Qué tenéis?—dijo el anciano.—¿Palidecéis?

—¿La señal! ¡La señal!—repuso Juan.—¿Es un puñal?...

—Sí; un puñal corvo como los de los árabes.

—¡Aquí está! ¡Yo soy!...

Juan no pudo continuar; se arrojó en brazos del señor de Cerdeña, y cayó desmayado sobre su pecho. La joven alzó la manga de su casaca, y descubrió el

brazo. Su padre reconoció el estigma gitano grabado por Inés.

Juan, en el colmo de la dicha, pasó ocho días en el convento de los Mínimos, cerca del padre que la suerte le deparara tan milagrosamente. Durante ese tiempo las autoridades civiles y los magistrados del Rosellón, ante el testimonio de su padre y de algunos ancianos, vecinos y criados, dirigieron el proceso verbal, haciendo las identificaciones necesarias para establecer sus derechos y su personalidad. Ocho días después Juan recibió la espada que había deseado con tanto afán. Se hizo una ceremonia especial en el locutorio de los Mínimos para reintegrarlo en sus títulos y rango. Como en aquellos tiempos un joven no podía tener carrera si no era noble, á no ser la de la Iglesia, y Juan no sentía vocación por ella, no era raro su deseo de poder usar espada. La aventura que le transformaba en caballero de Cerdeña era una nueva prueba del favor de Hydora, y Juan no dejó de repetir más de cien veces el nombre de su misteriosa protectora con gratitud y reconocimiento. Después, despidiéndose de su padre y de su hermana, partió para ir adonde le llamaban su destino y sus proyectos.

Una tarde borrascosa, montado en su caballo berberisco, salió Juan de Perpiñán por la puerta de España, y dando su bendición á la hospitalaria capital del Rosellón, á sus murallas, obispos, abates y moradores en general, provisto de sus papeles de familia, partió, con intención de buscar al señor de Marchin en Barcelona ó en Madrid, y ofrecerle sus servicios.

Recorrió con rapidez las ocho leguas que median entre Perpiñán y Port Vendres, y se detuvo allí para tomar ciertos informes antes de franquear los Piri-

neos. Personas llegadas de Barcelona le dijeron que el mariscal había visto al rey antes de partir para Italia, y había decidido embarcarse también con Felipe V y su corte. Hacía diez días que la escuadra española estaba en el mar; pero aún tardaría bastante en llegar al término de su destino. Juan se puso á reflexionar, para saber si sería conveniente ir a Nápoles por tierra. A pesar de su maravilloso caballo, el trayecto era largo y peligroso, y paseaba por la playa, no sabiendo qué decidir, cuando pudo observar que el mar, en cierto sitio pantanoso, tomaba el aspecto que viera años antes en la Camarga, y poco después una vela cruzó el mar con increíble temeridad. Un grupo de marineros sentados en el muelle seguían con los ojos las evoluciones de aquel navio.

—¿Qué clase de embarcación es ésa?—preguntó Juan á los marineros.

—No sabemos, caballero—respondieron.—Tal vez sea el buque fantasma, porque, si fuera real, ya se habría perdido veinte veces desde que estamos mirándolo. Si hay tripulación en ese barco, todos deben ser brujos.

Juan sintió un ligero estremecimiento acordándose del bergantín turco. Sin embargo, aquel encuentro podía estar preparado en beneficio suyo por la bella Hydora. Para cerciorarse de ello salió de la ciudad, y se dirigió al punto de la playa más cercano al sitio donde hallaba la embarcación. Una vez allí, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Sois vos, Potamogeiton?

Una nube cubrió la Luna, la vela blanca se oscureció con la noche, un rumor de remos agitó el agua. Poco después el viejo turco, saliendo del bote y mojándose las rodillas, llegó hasta la playa, y poniendo una mano sobre el caballo de Juan, preguntó:

—¿Qué mi querer el buen caballero?

—Tengo que pedir os un servicio importante: quiero reunirme al embajador de Francia que va en la escuadra del rey de España. ¿Podéis llevarme á Nápoles en ese bergantín, muy aprisa?

—*Se puede..., se puede*—repuso el anciano capitán.

—¿Podéis asegurarme que no fallemos?

—*Se puede perecer, y se puede no perecer.*

—Cesad en ese lenguaje ambiguo, y hablad categóricamente.

—*Vos preguntar; mi responder.*

—Oigo bien: pregunto; pero no me respondéis satisfactoriamente. Quiero llegar al mismo tiempo que el rey de España y el mariscal de Francia. ¿Queréis conducirme en vuestro bergantín, prometiendo llevarme sin accidente alguno?

—*Mi consentir en su desco. Se puede partir; se puede morir. Mi conducir os por obedeceros.*

—¿Voto al Diablo!—exclamó Juan—¿Hablarás claro? ¿Crees que he olvidado el viaje á la Camarga, en el cual me engañaste? ¿Por todos los diablos! Dime quién debe obedecer aquí; si te niegas á contestarme, te haré hablar con mi espada.

—Está bien—dijo el turco con su voz natural:—así se habla, caballero. Si invocáis á los diablos, es porque os olvidáis de Dios, y no podré rehusaros nada.

—Obedece y calla, Potamogeiton; quiero ir á Nápoles.

—Estaréis allí antes de que aparezca la aurora. Entrad en el bote.

Juan bajó del caballo y entró en el bote.

—¿Qué haremos del caballo?—preguntó.

—Ahora veréis—repuso el turco, descargando un pistoletazo sobre la frente del animal, que quedó muerto en el acto.

—¿Desgraciado—exclamó Juan,—has matado al mejor caballo del mundo: un regalo inestimable de la bella Hydora!

—Os he desembarazado de un siervo incómodo—repuso el turco;—si cumplo vuestros deseos antes de que los manifestéis, comprenderéis que debéis vigilar vuestro pensamiento.

Juan, andando entre las olas, llegó al bote murmurando aún por la muerte de su caballo, y poco después llegaba al navío. Una mano áspera y velluda le tomó, levantándole en alto, y le introdujo en la nave, dejándole todo asustado sobre cubierta.

—¿No os mováis, señor caballero!—dijo el capitán colocándose en el timón con aire impasible. Se hincharon las velas, y el navío, ligero como una golondrina, partió, dejando tras de sí una nube de espuma.

Juan habría querido hablar con Potamogeiton sobre las condiciones de su pacto; pero la extraordinaria marcha del bergantín y los furores del mar apenas si le dejaban fuerza para soportar tan terrible viaje.

Los agudos silbidos del viento, el choque de las olas rompiendo unas con otras como si fueran duras montañas y las sacudidas del bergantín, hacían imposible toda conversación con el capitán.

Poco más de una hora llevaría de marcha el fantástico navío, cuando Juan alcanzó á ver varios buques de alto porte, inmóviles al parecer; tan lenta era su marcha, comparada con la del bergantín.

—Ahí tenéis la flota española, señor caballero—exclamó el capitán.—Esa gran nave cuyos flancos vamos á rasar, es el navío real. Esas ventanas iluminadas son la cámara del Rey.

Juan vió, en efecto, unos puntos luminosos en una masa negra, y después la nave real quedó en tinieblas.